

Diego de León, primer lanza de España

En flamante carruaje descubierto, arrastrado por briosos y relinchantes corceles, era conducido el 15 de octubre de 1841 ante el pelotón de ejecución el héroe de la primera guerra carlista, Diego de León, primer conde de Belascoain, vizconde de Villarrobledo, Primer Lanza de España, el Cid del siglo XIX, el León de los bigotes largos...

Situado a su derecha, su confesor le mostraba un gran crucifijo, símbolo de la religión, tan arraigada en el corazón grande de aquel héroe de cien hazañas.

Lucía León en su pecho las mil condecoraciones ganadas en los siete años de guerra en los campos de batalla, y en el centro de ellas, la Cruz Laureada, que momentos después había de atravesar el plomo vil, que cortó su existencia. La banda de María Luisa cruzaba su ancho pecho.

La serenidad de su semblante y la imponente majestad de su arrogante figura hacían enmudecer al pueblo de Madrid, que, recordando sus hazañas, contemplaba con aliento contenido el paso del cortejo.

Paseando vagamente su mirada reposada por aquel ambiente de soledad con que la multitud absorta, apiñada en los balcones, dirigía a él sus ojos, exclamó, dirigiéndose a su defensor, el general Roncall, situado a su frente: «¿Y he de morir yo?» Si es cierto que siempre es triste morir, caminar lentamente con serenidad hacia el último acto de la vida en pleno apogeo de la gloria y en plena juventud, sólo es cualidad reservada a las almas grandes. León era ya teniente general y contaba sólo treinta y cuatro años. Siendo tan grande por su historia militar, superó a ésta la grandeza de alma que mostró en los días que precedieron a su muerte. Ya ante sus ejecutores, gritó con voz sonora, retirando la venda de sus ojos: ¡«Granaderos, al pecho!» El pecho de León no había sido aún rozado por las balas, y aún su confiante imaginación le hacía creer no acertarían a herirle.

¿Por qué murió el general León? O'Donnell, Concha, Montes de Oca, Borso di Carminati y Fulgosio eran con León los jefes principales del Movimiento militar que estalló el 7 de octubre para destruir a Espartero, que ocupaba la Regencia. Espartero había inaugu-

rado una etapa liberalizante al grito de su célebre «¡cúmplase la voluntad nacional!». Los conjurados representaban la fracción moderada del partido triunfante en la guerra carlista. Vencidos éstos, Concha y O'Donnell lograron pasar las fronteras. León lo intentó, pero, no sabiendo huir, se entregó, confiando en la popularidad grande que gozaba entre el pueblo, que le llamaba el León de los bigotes largos. Juzgado en Consejo de guerra, no habiendo mayoría, el voto del presidente, general Capaz, decidió su suerte en contra de los mandatos de la Ley. Espartero no perdonó a León, su salvador en Morella. En recuerdo de este hecho de armas, poseía Diego de León una sortija, regalo del Duque de la Victoria, a quien allí libró de la muerte. La víspera de la ejecución, Espartero envió a uno de sus ayudantes para preguntar a León si tenía alguna manifestación que hacerle. León, quitándose el anillo, lo entregó al mensajero, con encargo de devolverlo al Regente una vez cumplida su sentencia. Esta anécdota indica bien el concepto del honor del gran general romántico.

La historia se repite, suele decirse y al menos sin pensarlo evocamos vidas paralelas. En nuestra guerra de liberación también hemos tenido una gran víctima, segada violentamente también como Diego de León en plena aureola de saber y de gloria, y que, como él, en su último adiós dijo con serenidad y melancolía: «¡A mis años ya sé que no es agradable morir!».

Ignacio Diego de León.

(A B C, Sevilla, 15 Octubre 1943)

